

ARCHIVOS Y DOCUMENTOS
QUERÉTARO EN 1867
Y LA DIVISIÓN EN LA HISTORIA
(SOBRE UNA CARTA ENVIADA POR SILVERIO
RAMÍREZ A TOMÁS MEJÍA EL 10 DE ABRIL DE 1867)

Conrado Hernández López
El Colegio de Michoacán

Gran cantidad de libros y testimonios de partidarios del imperio narran lo acontecido durante los dos meses que duró el sitio de Querétaro: algunos para deslindar las responsabilidades en el fracaso y otros para recordar los días previos y posteriores a la ejecución del emperador. En general, las obras de los protagonistas extranjeros (Félix de Salm Salm, Alberto Hans, Samuel Basch y Carl Khevenhüller) y de los militares mexicanos (Manuel Ramírez de Arellano, Leonardo Márquez, Carlos y Miguel Miramón, Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo) describen las dificultades de la defensa y señalan como responsables del desastre y de la muerte de Maximiliano al general Leonardo Márquez (por traición, desacato o negligencia) y al coronel Miguel López (por entregar la plaza al enemigo).¹ Si bien la descripción de los principales hechos es similar en todos los casos, no lo es,

¹ Si con Márquez hubo alguna reserva, en el caso de López la condena fue unánime al señalarlo como traidor. En contraparte, la defensa de éste fue retomada por los republicanos. Véase JUNCO, *La traición de Querétaro*.

en cambio, la valoración del papel desempeñado por los dos principales jefes imperiales: Miguel Miramón y Leonardo Márquez.

Antes de ser fusilado, Miramón pidió a Manuel Ramírez de Arellano que escribiera un libro sobre los sucesos, para lo cual le hizo llegar un manuscrito elaborado durante su reclusión (Alfonso Junco lo llamó el “Diario secreto de Miramón”).² Desde su exilio en París, Ramírez de Arellano cumplió el encargo de su amigo y en 1868 publicó *Ultimas horas del Imperio*, lo que provocó la reacción de Leonardo Márquez, que un año después dio a la luz su *Refutación* en Nueva York. Por su lado, Maximiliano encomendó la escritura de una obra sobre su Imperio a su último consejero personal, el príncipe Félix de Salm Salm, aventurero y ex combatiente de la guerra de secesión en Estados Unidos. Sin embargo, el “prusiano naturalizado americano” se limitó al sitio de Querétaro y (como su esposa, la estadounidense Agnes de Salm Salm, o Samuel Basch, médico del emperador) publicó una obra muy parcial por su carácter antimexicano. Salm Salm responsabilizó a Miramón y a Márquez de ser los “espíritus malignos” que propiciaron el desastre por su ineptitud y sus intrigas.³ Entre las respuestas, que tampoco se hicieron esperar, Carlos Miramón escribió sus “memorias”, para opacar “el rudo e injusto ataque con que Salm Salm mancilla las cenizas inermes de mi pobre hermano”,⁴ e Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, oficiales de la guardia imperial, incluyeron un informe detallado de la toma de Puebla el 2 de abril.⁵ En

² JUNCO, *Un siglo de México*, pp. 234-247.

³ SALM SALM, *Mis memorias*, p. 145

⁴ MIRAMÓN, “Querétaro, 1867 (Memorias)”, p. 125.

⁵ PEZA Y PRADILLO, *Maximiliano*.

general las diferencias entre los principales jefes fueron significativas, pues comprometieron las ya de por sí limitadas posibilidades de la última empresa imperial.

En el extremo opuesto, los republicanos aprovecharon las diferencias de sus enemigos para confirmar su triunfo absoluto en una gran cantidad de libros e informes militares.⁶ De este modo, consagraron la imagen del sitio de Querétaro como el desenlace final de la traición de colaborar con un gobierno ajeno a la voluntad nacional. Algunos intentaron ocultar la entrega de la plaza por el coronel Miguel López y otros culparon a Maximiliano de negociar la rendición con el enemigo y de abandonar a su suerte a sus generales y seguidores a cambio de salvar su vida.⁷ En 1904, Ángel Pola resumió todos estos puntos de vista en la idea de que, como correspondía a la imagen popular de “traidores”, el imperio había acabado en una serie escandalosa de “traiciones mutuas”.⁸

Si bien esta imagen se originó en la estrategia publicitaria impuesta desde el poder, encontró un terreno fértil en los pro-

⁶ A su regreso a la capital, el gobierno de Juárez ordenó la publicación del *Libro secreto de Maximiliano. Los traidores pintados por sí mismos*, seguido de una biografía de Monseñor Labastida y Dávalos, atribuida a M. Maury (agente de Napoleón III), la cual puede calificarse de infamante. En 1903 Ángel Pola publicó *Últimas horas del Imperio* con el título añadido de *Los traidores de los traidores*. Véase RAMÍREZ DE ARELLANO, *Últimas horas del Imperio*.

⁷ Sobre la “traición de Maximiliano”, véase JUNCO, *La traición de Querétaro*.

⁸ “Según la confesión de los imperiales, de la flor de la monarquía, todo fue una serie de traiciones durante la intervención y el Imperio”. MÁRQUEZ, *Manifiestos*, p. xxvi. Una imagen similar en *El sitio de Querétaro, versión periodística de El Sol*, reeditada por el Archivo Histórico de Querétaro en 1994.

fundos desacuerdos de los jefes imperiales. Miramón y Márquez tenían opiniones divergentes en la conducción militar originadas en diferencias profesionales y personales, las cuales, en más de un sentido, perjudicaron la unidad en el mando en los momentos de mayor urgencia. En consecuencia, la nueva versión de la historia consagrada en Querétaro también se basó en la liquidación completa del antiguo ejército permanente y en el fin de la carrera militar y política de tres generaciones de militares que abarcó desde las formadas en la guerra de independencia hasta las que protagonizaron la más reciente guerra de Reforma. Para muchos generales el imperio no representaba, sino un medio para terminar, o reanudar, la lucha de facciones políticas. Para los republicanos, en cambio, la alianza imperial significó la oportunidad de liquidar de una vez por todas a los viejos adversarios.

El regreso de los caudillos conservadores no había mejorado la situación del imperio que, al perder el apoyo francés, se volvió insostenible al no contar con los recursos materiales y humanos mínimos para reanudar la contienda. Además de la falta de una dirección unificada por las serias diferencias de los principales jefes militares, Maximiliano se mostró incapaz de ejercer el mando supremo con eficacia. Ante la delicada situación, Leonardo Márquez propuso abandonar Querétaro y reorganizar la defensa en una posición más ventajosa en las afueras de la ciudad de México, pero su idea fue rechazada por Miramón, que no creía posible emprender una retirada en orden. Por su parte, Mejía sólo opinaba la conveniencia de abandonar la artillería, los equipajes y tomar el camino de la sierra.⁹ Tampoco es fácil saber los

⁹ MÁRQUEZ, *Refutación*, p. 57.

objetivos particulares de los involucrados. Según Pantaleón Moret, Miramón le aseguró “que no eran sus intenciones para el porvenir sostener la causa del imperio, sino tomar otro partido más favorable para la nación”.¹⁰ Es decir, la defensa del imperio era apenas la condición de posibilidad para cualquier otro proyecto futuro. Cuando Maximiliano puso al ejército bajo las órdenes de Márquez, Miramón se insubordinó y su actitud (que fue notoria incluso para el bando enemigo) aumentó el distanciamiento entre los demás jefes.¹¹ Corti consideró: “la caída del Imperio puede ser demorada, pero no en manera alguna evitada; pues el Emperador está en malos términos con todos los partidos”.¹² Cuando Márquez fue comisionado para marchar a la capital y volver con refuerzos, aseguraba, según Corti, que sólo el establecimiento de un poder dictatorial, con él al frente, sería capaz de provocar un giro favorable.¹³ Además de que se le asociaba con el general Antonio López de Santa Anna desde 1853, Márquez tenía un negro historial que opacó su prestigio militar y dio origen a la unanimidad de los imperiales al culparlo de traición, ya que, como señaló Justo Sierra, “¿de qué misteriosas infamias no era capaz el hombre de los crímenes sombríos?”.¹⁴

¹⁰ AHSDN, *Cancelados*, XI/III/2-143, f. 555.

¹¹ TORREA, 1939, pp. 185-187. Según Félix de Salm Salm, Miramón “engañaba al emperador y le aconsejaba mal, con el fin de elevarse con la caída de éste”. SALM SALM, *Mis memorias*, p. 145. Ángel Pola atribuyó a Márquez la advertencia de que si Miramón era comisionado para salir a México “se pronuncia contra el Imperio y se hace presidente”. Véase MÁRQUEZ, *Manifiestos*, p. 191, nota.

¹² CORTI, *Maximiliano y Carlota*, p. 245.

¹³ CORTI, *Maximiliano y Carlota*, p. 259.

¹⁴ SIERRA, *Juárez*, p. 528.

Entre las diferencias de los jefes y la indecisión del emperador se perdió un tiempo valioso para poner en práctica otras alternativas y el ejército quedó reducido a un sitio desventajoso en Querétaro, la “peor plaza militar [...] para hacer una defensa”.¹⁵ El sitio dio inicio el 14 de marzo y concluyó el 15 de mayo con la captura de Maximiliano. Además de la superioridad numérica, algunos cuerpos republicanos (como los célebres Cazadores de Galeana) tenían rifles de repetición de 16 tiros comprados en Estados Unidos.¹⁶ Aunque el ejército imperial ejecutó acciones importantes como la del Cimatario el 27 de abril, y otras menores el 1 y el 3 de mayo, para el día de la toma de la plaza sólo le quedaba intentar una salida en masa y las posibilidades de la empresa se reducían a la fortuna y el valor personal para sobrevivir.

La siguiente carta es una muestra del desánimo que se había apoderado de un sector de jefes y oficiales a mitad del sitio, cuando se desvaneció cualquier posibilidad de triunfo y sólo quedaron dudas sobre el sentido de la empresa. La carta se encuentra en el expediente del general Francisco García Casanova, pero la documentación se refiere, en general, a las declaraciones de los jefes y oficiales hechos prisioneros al caer la plaza. Agradecemos al Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, y a su amable personal, las facilidades otorgadas para la consulta y la transcripción del documento.

LA CARTA

Tomada la plaza, los republicanos confirmaron que las diferencias no se limitaron a Miramón y a Márquez. El general

¹⁵ MIRAMÓN, “Querétaro 1867 (Memorias)”, p. 228.

¹⁶ HANS, “La guerra de México según los mexicanos”, p. 220.

Ramón Méndez también había sugerido desconocer a aquél en el mando y retomar la propuesta de Mejía de buscar el camino de la Sierra Gorda. Para Méndez, acciones como la del Cimatario sólo desgastaban inútilmente a la tropa.¹⁷ En este contexto, el 10 de abril, cuando Maximiliano celebraba el tercer aniversario del imperio y sus generales le reafirmaban su lealtad, fue la misma fecha de la carta que motivó un fuerte escándalo ya que daba cuenta de la conspiración del general Silverio Ramírez, que estaba fuera de servicio por una herida sufrida el 27 de marzo, y otros oficiales.¹⁸ Por medio de su cuñado, el comandante Carlos Adame, Ramírez envió la carta a Tomás Mejía¹⁹ para informarle que era preciso “que sin pérdida de tiempo se tome una determinación que dé por resultado la pacificación”. No tenía ningún caso continuar la lucha, pues la capital misma se encontraba “amagada sin que pueda evitarlo el ejército imperial”. Si la carta tiene fecha del 10 de abril, cabe la pregunta: ¿cómo pudo saber esto último Ramírez si Márquez regresó hasta el 11 de abril a la ciudad de México y el sitio de ésta comenzó hasta un día después? Es probable que fuera un efecto de las noticias difundidas por los republicanos para desmoralizar a la tropa imperial. Por eso, preguntaba, “¿por qué no tomar una medida que sin faltar al honor militar nos conduzca a la paz?”, y convocar a hombres honrados de ambos bandos para detener “la guerra fratricida que ha abierto tan hondas llagas a la patria”.

¹⁷ TORREA, “El Cimatario-1867”, p. 196.

¹⁸ Silverio Ramírez alegó en el Consejo de Guerra en Querétaro que no fue hecho prisionero porque, cuando los republicanos ocuparon la plaza, estaba en el calabozo “por la misma causa nacional”. ASDN, *Cancelados*, XI/III/2-146, ff. 671-672.

¹⁹ AHSDN, *Cancelados*, XI/III/2-146, ff. 686-687.

Según su declaración en el juicio posterior, Ramírez había convencido, para “evitar el derramamiento inútil de sangre”, al general Mejía en diciembre de 1866 de que desocupara la plaza de San Luis Potosí. Por eso lo animaba nuevamente a asumir la “grande empresa” apoyado en el ejército y prescindir de la “consecuente caballería que lo ha impedido obrar de acuerdo con los sentimientos de su corazón”. El emperador había afirmado, añadió Ramírez, que abdicaría si era “la voluntad de los mexicanos”, y ya era tiempo de señalarle cuál era esa voluntad. Después de todo, “las revoluciones” no habían generado más que “ambiciones personales, conveniencia de colaboración, empleomanía, robo y todo género de maldades, que han conducido a la nación al estado de prostración en que se encuentra”. Separado Maximiliano del mando, “que usted recibirá para proceder en el sentido que dejo indicado”, se buscaría un acuerdo con el enemigo, cuyos términos quedarían a cargo de “una junta de generales”.

Sin conocer el contenido de la carta, Mejía la envió al emperador, quien ordenó la prisión de Ramírez y de los jefes implicados. El hecho “fue tan público que toda la ciudad tuvo conocimiento de ello, pues al Sr. Ramírez se le paseó por las calles entre filas”.²⁰ Según Ángel Pola, Ramírez “trató de entregar un punto de la plaza de Querétaro al general Ramón Corona”, Carlos Adame fue apresado “por estar en relación con los republicanos” y “la gendarmería en masa, con sus jefes y oficiales, estuvo también presa por igual causa”.²¹ Estos hechos “tan públicos” (un claro ejemplo de la desmoralización) no merecieron importancia para los jefes imperia-

²⁰ AHSDN, *Cancelados*, XI/III/2-146, f. 682.

²¹ EN MÁRQUEZ, *Manifiestos*, p. xxxi.

les.²² En el consejo de guerra, Ramírez esgrimió argumentos similares a los de sus ex compañeros y la única diferencia radicó en la fidelidad a la causa imperial. Curiosamente, en el momento en que Ramírez escribía a Mejía, los principales jefes reafirmaban su fidelidad al emperador, a quien manifestaron que aún mantenía el respaldo de la nación.

Por el contrario, según Ramírez, aceptaron al imperio porque lo consideraron acorde con la voluntad nacional, pero ahora ésta se mostraba adversa. Con pesimismo retomó la idea de que todas las revoluciones conducían a lo mismo y no valía la pena morir por los intereses de otros. ¿Por qué tardó tanto para descubrir la realidad? A pesar de su seguridad en el fin del imperio, Ramírez afirmó que estaba comprometido con sus correligionarios y “por desgracia no he tenido otra profesión que la de militar”.²³ Esta confesión no resultaba contradictoria en su fidelidad al imperio con las de otros jefes que habían sido marginados del gobierno republicano e imperial y para quienes la empresa se limitaba a la defensa de un medio de vida.

EL AUTOR

Nacido en 1834 en Puebla, Silverio Ramírez ingresó al Colegio Militar en 1843 y egresó como oficial en 1845. De 1846 a 1847 tomó parte en la guerra con Estados Unidos como subteniente del batallón de granaderos. En 1848 quedó inactivo como consecuencia de la derrota, pero al año siguiente volvió al ejército como ayudante de campo del general José

²² Para Corti el hecho fue muestra de la desmoralización de la tropa. CORTI, *Maximiliano y Carlota*, p. 464.

²³ AHSDN, *Cancelados*, XI/III/2-146, f. 671.

López Uruga en la campaña de la Sierra Gorda. Concluida ésta fue separado nuevamente del ejército en el contexto de las reformas militares emprendidas en los gobiernos de José Joaquín Herrera y Mariano Arista. En febrero de 1853 volvió al 10º batallón de línea y, poco después, se incorporó al ejército santanista. En 1854 combatió a la revolución de Ayutla como comandante del 14 Batallón de Línea, y ascendió a teniente coronel. En 1855, obtuvo el grado de coronel. Al triunfo de la revolución de Ayutla, abandonó el ejército para tomar parte en una accidentada campaña en defensa de “religión y fueros”. En enero de 1858 volvió al ejército con el segundo Plan de Tacubaya. En noviembre de 1859 obtuvo el grado de general y el nombramiento de comandante general del departamento de Zacatecas. En 1860, fue derrotado en Peñuelas por Jesús González Ortega, lo que marcó el fin de la hegemonía del ejército conservador en la región.

Aunque participó en las campañas contra el gobierno de Benito Juárez entre 1861-1862, Ramírez fue marginado durante el segundo imperio, si bien acudió al llamado de Miguel Miramón, su antiguo jefe, y tomó parte en la última etapa. En Querétaro mandó el 7º batallón de línea hasta que fue herido el 27 de marzo. Durante el juicio contra los colaboradores del imperio, Ramírez afirmó que se había opuesto a la “lucha sangrienta e inútil” y que cuatro de sus hermanos menores prestaban sus servicios en el ejército republicano. Aunque justificó sus acciones con el hecho de que “se veía muy clara la situación y nadie dudaba del triunfo completo sobre la monarquía”, tuvo una suerte similar a la de sus antiguos correligionarios, al ser encarcelado y poco después confinado a Oaxaca. Su expediente militar no registra la fecha de su muerte.

EL DOCUMENTO

Querétaro, abril 10 de 1867

Excmo. Señor General Don Tomás Mejía

Mi querido general:

Mi mal estado de salud, me impide pasar a su alojamiento, para hablarle más largo de la situación del país, de la que no puedo prescindir, no obstante las caballerosas observaciones que en otras veces me ha hecho.

Los acontecimientos están demostrando palpablemente la realidad de las cosas, sin dejar lugar a la duda, y en consecuencia, es preciso que sin pérdida de tiempo se tome una determinación que dé por resultado la pacificación.

Todos los departamentos a medida que han sido desocupados, se han puesto a las órdenes del gobierno republicano y presurosos dan su contingente de sangre y oro; está organizado un ejército numeroso, del cual ya tenemos una parte considerable al frente sitiando perfectamente esta ciudad, y la otra recorre la república allanando las poquísimas dificultades que se le presentan. La misma capital está amagada, sin que al gobierno imperial le sea posible evitarlo, porque no cuenta con ninguno de los elementos indispensables, debido a su absoluta impopularidad. Todo esto, señor, forma un torrente que arrastrará a cuanto se le oponga; cuantos sacrificios se hagan serán estériles, y del todo inconvenientes para la nación; en tal concepto, ¿por qué no tomar una medida que sin faltar al honor militar, nos conduzca a la paz? Yo creo señor que la presente situación invita a todos los hombres

honrados, y de acción de los partidos que han militado, a entenderse y unirse, a fin de desterrar para siempre la guerra fratricida que ha abierto tan hondas llagas a la patria. Acometa Usted esta grandiosa empresa, cuenta en su ayuda con el apoyo de los mismos que tiene el ejército, prescinda de esa consecuente caballerosidad que lo ha impedido obrar de acuerdo con los sentimientos de su corazón, con la seguridad de que alcanzará un nuevo título de aprecio de altísima consideración. A veces he visto escrito que el Emperador no quiere en su gobierno a los mexicanos y que está presto a abdicar si es su voluntad. Tiempo es de manifestárselo, de enseñarle los acontecimientos para que vea la voluntad de los mexicanos. Esto dará por resultado su separación del mando que usted recibirá para proceder en el sentido que dejo indicado.

Muchas opiniones piensan que se puede romper el sitio, pero la mía es contraria, no porque crea imposible ejecutar la misión, sino porque estoy en la inteligencia, y en la más firme convicción, de lo criminal que es querer prolongar la guerra por más tiempo.

Una mirada retrospectiva a la triste historia de nuestro país, a cada revolución y a los gobiernos que de ella han emanado; no encontramos otra cosa que ambiciones personales, conveniencia de colaboración, empleomanía, el robo y todo género de maldades, que ha conducido a la nación al estado de postración en el que se encuentra. Paz necesita para el progreso, cooperamos reconociendo al gobierno y evitando al derramamiento inútil de sangre mexicana.

Junta de generales

Comandante Carlos Adame

Silverio Ramírez

SIGLAS Y REFERENCIAS

AHSDN Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional, México, D. F.

CORTI, Egon Caesar

Maximiliano y Carlota, traducción de Jaime Bofill, México, Editora Latinoamericana, 1957.

HANS, Alberto

“La guerra de México según los mexicanos”, en QUIRARTE, 1993, pp. 183-211.

Querétaro. Recuerdos de un oficial del emperador Maximiliano, traducción de L. Elízaga, México, Jus, 1963.

JUNCO, Alfonso

La traición de Querétaro, ¿Maximiliano o López?, México, Ediciones Botas, 1930.

Un siglo de México. De Hidalgo a Carranza, México, Ediciones Botas, 1946.

MÁRQUEZ, Leonardo

Refutación hecha por el General de División Leonardo Márquez al libelo del General de Brigada Manuel Ramírez de Arellano publicado en París el 30 de diciembre de 1868 bajo el epígrafe “Últimas horas del Imperio”, Nueva York, 1869.

Manifiestos: el imperio y los imperiales, rectificaciones de Ángel Pola, México, F. Vázquez, editor, 1904.

MIRAMÓN, Carlos (coronel)

“Querétaro, 1867 (Memorias)”, en *Historia Mexicana*, VII: 1(25) (jul.-sep. 1957), pp. 124-140; 2(26) (oct-dic. 1957), pp. 221-236; 3(27) (ene.-mar. 1958), pp. 406-421 y 4(28) (jul.-sep. 1958), pp. 517-531.

PEZA, Ignacio de la y Agustín PRADILLO

Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México. Opúsculo en que se refutan las memorias redactadas

por Félix de Salm Salm, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1870.

QUIRARTE, Martín

Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano, México, Universidad Nacional Autónoma de México, «Historia Moderna y Contemporánea, 9», 1993.

RAMÍREZ DE ARELLANO, Manuel

Últimas horas del Imperio (Los traidores de los traidores), revisión y notas de Ángel Pola, México, F. Vázquez, editor (calle de Tacuba, núm. 25), 1903.

SALM SALM, Félix Constantín

Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano, traducción de Eduardo Gibbon y Cárdenas, México, Tipografía de Tomás F. Neve, 1869.

SIERRA, Justo

Juárez, su obra y su tiempo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, «Nueva Biblioteca Mexicana, 32», 1991.

TORREA, Juan Manuel

“El Cimatario-1867”, en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, 1939, p. 50.